

Editorial

¿Es posible hoy una sociedad sin universidad? Una mirada histórica a la universidad desde la época de la pandemia de COVID-19

<https://doi.org/10.18566/comunica.n44.a01>
Fecha de recepción: 15 de marzo de 2021
Fecha de aceptación: 25 de marzo de 2021

En la historia de la universidad es fácil reconocer los aportes que esta ha hecho a la sociedad. Cuando hablamos de universidad, estamos hablando de una institución que tiene unos componentes muy específicos, sin los cuales es imposible su existencia. En este texto queremos analizar esos componentes y, precisamente, a partir de la historia de la universidad.

En zonas boscosas e incomunicadas de la Europa medieval, pobladas de múltiples amenazas de diversa naturaleza, unas materiales, como ladrones y asesinos, y otras inmateriales, espíritus y demonios, los conventos guardaban con un especial celo esos viejos libros que el azar había permitido atesorar y que eran empleados para convocar a la comunidad de monjes, al caer de la tarde, para que escucharan en la lectura en voz alta los pensamientos de antiguos maestros mientras consumían la magra cena; aquellos religiosos se esforzaban por memorizarlos con la convicción de entrar así en relación con la sabiduría que venía de lejanos mundos. Esta dinámica se reconocía como el *magister dixit*, fundamento sólido y rico del conocimiento en el que comenzará su existencia la universidad.

En los conventos se conservaron los libros quea habían sobrevivido el violento derrumbe del mundo imperial romano. Una de las más bellas imágenes de *El nombre de la rosa* (Eco, 1982) es aquella en la que Guillermo de Baskerville se extasía contemplando la riqueza de la biblioteca del convento al que recién ha llegado; también es muy hermosa aquella otra imagen en la que él, desesperado, intenta arrancar de las llamas desatadas por Jorge Burgos la mayor cantidad de libros que puede cargar.

**Ramón Arturo
Maya Gualdrón**

Magíster en Historia y
decano de la Escuela de
Ciencias Sociales de la
Universidad Pontificia
Bolivariana (Medellín,
Colombia).

Correo: ramon.maya@upb.edu.co

El saber antiguo nos fue transmitido en libros que sobrevivieron al saqueo y al fuego; esto lo constatamos también en la obra de Thomas Cahill (2007) llamada *De cómo los irlandeses salvaron la civilización*, donde el autor afirma que de no ser por los conventos irlandeses que atesoraron y protegieron muchos libros, en este caso de invasiones normandas y vikingas, Occidente no sería el mismo, no habría podido conocer esa inmensa riqueza de saber y ciencia que contenían aquellos textos.

Hacia el siglo XII en Europa se formaron esas aglomeraciones urbanas que son el origen de las ciudades modernas; aquellos eran unos centros de comercio en los que confluyeron los artesanos, entre ellos los profesores. Hasta esa primera ciudad se trasladó la escuela monacal atraída por el poder de la catedral, en la que el obispo tenía su sede, y desde ella se convirtió, reemplazando al abad, en el nuevo tutor de la escuela, que ahora sería catedralicia, pero que mantendría la esencia de la monacal, esto es, el método del *magister dixit*, aunque esta vez profundamente afectado por la convulsionada vida de la ciudad, con sus instituciones religiosas y civiles, y con las gentes que realizaban sus oficios, como lo veremos más adelante. Así se puso un fundamento más para el futuro surgimiento de la universidad: el de la relación con lo social y con el mundo en general. La universidad siempre ha sido una institución de múltiples relaciones: es por ello que en el contexto de la globalización ha crecido mucho.

Una de las instituciones de esa antigua ciudad que afectó la vida en la escuela catedralicia, particularmente a su método académico, fue la taberna. Las posibilidades de conversación que se presentaban en esta cambió, sin proponérselo seriamente, el *magister dixit* porque lo cuestionó y así comenzó a dársele forma a otro de los importantes componentes de la universidad, esta vez al calor de la fuerte cerveza de la tarde, cuando estudiantes y maestros se hicieron preguntas sobre las probabilidades de verdad de los postulados contenidos en los libros: ¿y si Aristóteles no tiene razón y el cuerpo humano no se organiza como él lo dice y muestra en sus textos? Y pasar del cuestionamiento a la búsqueda y a la experimentación fue un hecho que ocurrió muy rápido.

Se puso en acción la *questio*, otro método esencial en las universidades contemporáneas; de hecho, es una dinámica que hace evidente que estamos frente a una universidad y no solo frente a un centro de instrucción, donde, por supuesto, no hay espacios para esta *questio*. Pero es clave, para comprender el proceso, identificar que esta dinámica tiene en su fundamento la observación, de la que nace la pregunta, y, además, tiene una conexión directa con la búsqueda y con la experimentación, dinámicas estas que los viejos académicos comenzaron a reconocer como pasos de un método que llegará a ser llamado científico y que tiene en el monje

franciscano Guillermo de Occam a su primer pensador fundamental. En este maestro se inspiró Umberto Eco para su personaje Guillermo de Baskerville, aquel monje protagonista de *El nombre de la rosa*.

Entonces, maestros y estudiantes entusiasmados salen de la taberna y se van al cementerio y desentierran algún cadáver, lo diseccionan, observan y anotan, y al otro día en el lugar de estudio se levanta una voz que cuestiona lo que se está leyendo. Es precisamente este el asunto fundamental en la vida de formación de la universidad: la *questio*, la pregunta, con la que la escuela catedralicia ha preparado el camino para que surja la universidad (el *magister dixit* ha sido cuestionado).

Cuestionar es también esencial en la universidad hoy, pero con argumentos y fundamentos, con experimentación y pruebas, con bases. Así fue como avanzaron el conocimiento y el saber, así fue como se salió de esos círculos empobrecedores comunes en el Medioevo que coloquialmente denominamos “lo bizantino”. Podemos afirmar que solo se cuestiona si se hace investigación y que investigar es, precisamente, preguntar, es decir, cuestionar, y en la teoría del conocimiento valdría la pena resaltar que solo pregunta con profundidad quien sabe y que cuando no hay saber las preguntas son superficiales o impertinentes. Es por esto por lo que afirmamos que el preguntar desde el saber mueve la frontera del conocimiento.

En los salones de clase suelo exponer esto con una ficción: si un viajero intergaláctico de paso por la Tierra nos diera la oportunidad de preguntarle durante media hora, que se está tomando como descanso antes de seguir su viaje, para poder conocer su experiencia del universo, esa media hora apenas si sería empleada con algunos aciertos, pues nuestras preguntas serían generales y elementales, serían algo así como de dónde viene o para dónde va y cómo es su sociedad. Pero si la media hora fuera usada por alguno de esos grandes astrónomos de profundo saber, un experto en astrofísica, sus preguntas, sin duda, permitirían revolucionar el saber astronómico de la humanidad y lo llevarían muy lejos.

Preguntar es la *questio* que en el proceso histórico dio origen a la universidad. La universidad es una institución occidental que se universalizó. El *magister dixit* de las escuelas monacales y catedralicias quedó transformado gracias a la *questio* y el saber se amplió en casi todas las áreas: en filosofía, matemáticas, astronomía, anatomía, arquitectura, y en muchas otras artes. Pero esto no ocurrió de una manera plácida o tranquila: por el contrario, hubo grandes debates y la dinámica llevó a la universidad a convertirse prácticamente en un campo de batalla en el que los profesores se enfrentaban y los estudiantes, en tribunas dispuestas para el espectáculo, escuchaban las argumentaciones y contraargumentaciones,

ovacionaban a quien consideraban vencedor y rechazaban al perdedor. Así fueron definidos, entonces, una especie de campeones del saber, profesores doctos que contribuyeron desde la investigación en sus respectivos temas al resurgimiento de las ciencias o al nacimiento de algunas nuevas.

Un hecho clave en todo este proceso fue que el sostenimiento de los profesores no era proporcionado por la universidad como institución, tampoco por la ciudad o por algún señor poderoso (esto es muy importante): el mantenimiento del profesor estaba a cargo de los estudiantes, que eran hijos de la llamada nobleza; ellos pagaban y, por tanto, podían escoger al profesor que más los entusiasmará, generalmente el más docto y el que más enfrentamientos ganaba. Esos profesores eran los que obtenían más riquezas. Esto también contribuyó a esa atmósfera de competencia que paradójicamente es el elemento central del proceso de formación universitaria en muchos países del mundo actualmente (en el nuestro, de hecho, las universidades forman por “competencias”).

Lo cierto del caso es que estas primeras universidades del siglo XII eran como campos de combate. En *Diez aproximaciones al Medioevo*, un maravilloso texto sobre el trabajo con el conocimiento, los profesores y las universidades, el maestro Gonzalo Soto Posada (1998) nos cuenta que en aquella época se reconocían tres tipos de caballeros: los andantes, que son el modelo clásico y más reconocido del mundo medieval; ellos estaban dedicados a la guerra y a los combates y torneos en medio de blasones y distintivos, que eran la identificación de grupos que se enfrentaban constantemente para quemar así las energías de unos nobles segundones que no tenían muchas tareas (el primogénito concentraba el poder, las responsabilidades y las riquezas). Este mundo fue el que satirizó Cervantes con su *Don Quijote*.

Otra clase de caballeros es llamada por el profesor Soto como los de Venus, también nobles, pero reacios a entregar su vida a las armas y al forcejeo constante, y sí muy proclives a entregarse al vino y a las lides en las que el amor suele meter a sus devotos; sus instrumentos de combate son las letras y los enfrentamientos generalmente se dan en el campo de la poesía.

Y la tercera clase, los que nos interesan, son los de Minerva, la diosa del saber. Estos son propiamente hombres entregados a profundizar en los océanos del saber; para ellos bibliotecas y textos son su campo de acción, con los que, además, se hacen diestros en aquel arte que mucho tiene que ver con la universidad moderna: la dialéctica. Esto es importante porque pone de manifiesto que el propósito de los caballeros de Minerva no era tan solo estético, el disfrute del saber, sino asimismo social: poner en acción ese saber enfrentándolo a contradicciones para enriquecer a su sociedad.

Planteemos un reflejo contemporáneo de esos antiguos torneos, común en algunas muy buenas universidades del mundo y no frecuente en las nuestras: cuando los autores difunden su saber e investigaciones a través de libros y revistas especializadas, inmediatamente se disponen a recibir las interpelaciones a que haya lugar por medio de textos que diseccionan lo que ellos expusieron e, incluso, lo enfrentan con contrargumentaciones. Y cuando nadie dice nada y nadie se pronuncia y no se habla del artículo o del libro, su autor sabe que lo que dijo no fue considerado importante.

Algunos de los buenos ejemplos de esta dinámica son los enfrentamientos entre Rorty y Habermas. Esto es común en el ambiente académico norteamericano. El mismo Rorty recibía muchas críticas cada vez que publicaba: él, considerado por muchos como el filósofo norteamericano más importante de la segunda mitad del siglo XX. De hecho, la primera gran manifestación de la importancia que estaba adquiriendo cuando comenzó su influencia en el mundo la tuvo al publicar su primer libro, *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (Rorty, 2010), obra en la que hacía una muy dura crítica a la filosofía analítica norteamericana por dedicar demasiado esfuerzo, tiempo, tinta y energía a temas que solo interesaban a los doctos; entonces, la Asociación Nacional de Filosofía de los Estados Unidos de Norteamérica declaró ese texto, en el año 1971, el libro para analizar y varios congresos se organizaron con ese motivo. Por cierto, después de los años, Rorty optó por dejar el mundo de la filosofía, en la que había logrado posiciones fundamentales en grandes universidades, y fiel a su tesis de que la gente entiende mejor gracias a la literatura que a la filosofía, se fue a la Universidad de Stanford a enseñar literatura comparada.

Vale la pena recordar la vieja y bella historia de un joven Nietzsche estrenando cátedra en la gran Universidad de Basilea: en la segunda mitad del siglo XIX, él inauguraba su posición de profesor con la publicación de una obra a la que dedicó mucho y que se convertiría en una de las pequeñas grandes obras del pensamiento y en una puerta a la Modernidad: *El nacimiento de la tragedia* (1881); en ella proponía temas que la filología clásica no había abordado, como considerar que más que la pintura o la escultura, el verdadero y gran arte de los griegos fue la música. Entonces se convirtió en el profesor joven más criticado y maltratado, y grandes maestros, como Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, lo atacaron con virulencia; así el autor templó lo que posteriormente entregaría al mundo.

Y Nietzsche siguió trasegando su ruta: solo estuvo 10 años en Basilea; dejó ese puesto que como hazaña ocupara tan joven porque entendió que esa no era la universidad que él esperaba y se fue a trabajar a la luz de los postulados que fundamentan su obra, aquellos que afirman que solo como fenómeno estético se justifican el mundo y la existencia, y que la vida del

hombre debería estar dedicada a convertirse en quien se es. Nietzsche terminó declarándose discípulo del más extraño de los dioses griegos, el doblemente nacido Dionisos. Bueno, para efectos de conclusiones históricas, poco sabe hoy el mundo universitario y social de Wilamowitz-Moellendorff, pero mucho se ha enriquecido con el saber del filósofo del eterno retorno.

Decimos que no es bueno para el desarrollo de la universidad y de saber que entre nosotros esos debates no sean comunes porque no logramos enriquecernos tanto como donde sí son frecuentes. Esos debates son la dialéctica, importante componente de la universidad, y que también es esencial para su existencia. El fundamento de la dialéctica desde el mundo antiguo lo pone Platón en *La república* cuando afirma que en la relación de ideas se van descartando hasta llegar a la perfecta, por lo que la dialéctica es la ciencia para el filósofo griego (1988).

La dialéctica mueve el conocimiento y se puso en escena gracias a esa condición medieval según la cual los caballeros de Minerva se enfrentaban; esa dinámica o método fue el mayor propulsor del mayor invento de Occidente: la universidad, institución que transformó la Europa azotada por el hambre, las pestes y las guerras, en un mundo plácido, que por cierto no logró controlar su poder y no paró de enfrentarse y agredirse hasta llegar a causar dos guerras mundiales, con las que prácticamente se agotaron.

Lo cierto del caso es que la universidad tiene valor y lo que la hace valiosa es el saber puesto al servicio del desarrollo humano y social; el saber se construye en la investigación y en el debate, en lo dialéctico. Identificamos así, entonces, varios componentes valiosos que constituyen a la universidad prácticamente desde sus inicios y que hoy siguen dándole valor.

Hemos hablado del libro, al que denominamos el *magister dixit*, en la época de las escuelas conventual y catedralicia; después abordamos el resurgimiento de la investigación sistemática, en la universidad, con la *questio* y la dialéctica. Y por supuesto, consideramos que estos métodos son el fundamento del universo de las relaciones de quienes integran la universidad y la construyen, las comunidades académicas.

En nuestro mundo, la universidad tiene que ir más allá de los muros de esa plácida torre de marfil en la que se puede convertir si pierde su misión de proyección social. La universidad no puede ser entrópica, debe tener la valentía de analizar el mundo en el que está, con sus múltiples problemas y angustias, esa es su misión. Si no lo hace, la universidad sería impertinente, no necesaria para la sociedad.

Debemos hacer el ejercicio mental de preguntarnos qué le pasaría a la sociedad si la universidad dejara de existir: ¿extrañaría nuestra sociedad, por ejemplo, en Medellín, a la universidad? Es claro que titulamos profesionales, ¿pero qué profesionales?, ¿qué hay de valor para lo social en nuestra existencia como institución?, ¿se vería afectado significativamente el desarrollo de la sociedad dada nuestra ausencia? Estas preguntas me llevan a otra básica: **¿es posible hoy una sociedad sin universidad?**

Como tal vez lo estén pensando, la pertinencia de la universidad está dada por aquello que realice con el saber que alcanza, es decir, lo que en la sociedad es influido o afectado por la investigación universitaria. No tiene pertinencia la investigación o el saber que no toca lo social, ese que solo sirve para ascensos en escalafones o para ranquear grupos (ese es un nivel bajo). A la universidad le da pertinencia social la investigación a favor del desarrollo humano y social. Y la tesis que planteo es que solo la investigación que es conocida y puesta a prueba, lo que estoy denominando debate dialéctico, es la investigación que sirve y, por tanto, es la pertinente, aquella que logra escapar del frío calabozo de los anaqueles que nadie necesita consultar.

Quisiera aprovechar este nivel de la argumentación para introducir otro componente fundamental para la universidad, desde un hecho histórico medieval. En la Universidad de París, siglo XII, en la época en la que el rey y el papa debatían sobre el control de la universidad, los profesores estaban logrando otro de esos conceptos centrales, sin los cuales es imposible que exista la universidad: la autonomía. Lo hacían precisamente con la profundidad que venían dando a sus saberes y a sus torneos. Debemos considerar que como los profesores vivían del pago que les hacían los estudiantes, se acostumbraron a darles la seguridad de que no dejarían de dedicar toda su energía y tiempo a ser los mejores; en ese ambiente de competencia constante, tomaban decisiones que hoy nos son difíciles de entender: no se casaban y se preciaban de ser célibes, con lo que querían garantizar que ni esposa ni hijos ni responsabilidades materiales o convencionales los distraerían de su función principal: profundizar en el saber y la ciencia.

En esa antigua Universidad de París nos encontramos dos de esos profesores: Anselmo de Laón, clérigo luego canonizado, y Abelardo, seglar y, además, el maestro de filosofía de Eloísa, la sobrina de uno de los canónigos de la catedral de París (con ella vivió una trágica historia de amor). Esos dos maestros parisinos se retaron en un torneo dialéctico de caballeros de Minerva y el público, los estudiantes, asistió bullicioso y belicoso, como siempre; por cierto, sabemos que ellos eran un verdadero mal para la ciudad por su actitud agresiva y violenta con los ciudadanos comunes; estos estudiantes, en medio de sus constantes celebraciones, en las que el vino abundaba, tumbaban puertas de humildes casas para violar, agredir

y matar a personas indefensas. No era bueno cruzarse en el camino de un estudiante universitario en la Edad Media.

Todo listo para el torneo entre Anselmo y Abelardo. El tema es profundo y pertinente para su época y para la nuestra: ¿la fe es el antecedente del conocimiento? Es decir, ¿es posible que sin fe podamos conocer la naturaleza y el cosmos? O, por el contrario, ¿el conocimiento es el antecedente de la fe? Es decir, ¿es posible que sin estudiar la naturaleza y el cosmos podamos tener fe? Anselmo afirmaba y argumentaba, en este dialéctico torneo, que si no hay fe, tampoco hay conocimiento, mientras que Abelardo contrargumentaba que sin conocimiento no es posible tener fe. Como lo ven, un concepto, este último, ya moderno, una anticipación, gracias a la labor universitaria, de un tema fundamental en el desarrollo de la ciencia: la idea de que el mundo y el universo no precisan la figura divina para su funcionamiento y que con nuestro intelecto podremos desentrañarlos, mundo y universo, y disponerlos para nuestro beneficio; y que solo así podremos dar cuenta del valor de la plena libertad que el Dios creador dio a sus creaturas, la cual se evidencia también en el concepto antiguo, valorado por la tradición, de una de las grandes figuras de la patrística: san Agustín de Hipona, quien lo expresaba con la idea de que quien te creó sin ti no puede salvarte sin ti, refiriéndose a Dios y a nuestra responsabilidad.

Podrán colegir que el torneo fue ganado por Abelardo, porque fue su postura la que con más fuerza nos llegó; esta, que impactó a su sociedad, fue la base desde la que la universidad desarrolló ciencia y tecnología. Abelardo supo granjearse como enemigos a varios maestros derrotados por él. Sabemos que el tío de Eloísa contrató esbirros para que lo castraran y que terminó sus días en un convento, según lo relatan las cartas que intercambió con ella, correspondencia llamada por el profesor Soto “historia de la calamidad”. Algunos historiadores sostienen que esas cartas fueron construidas por otros autores para crear una historia que no existió. Pero no avanzaré en este punto, que está más para los debates de nuestras buenas facultades de historia.

Sin discusión nos es posible la universidad y el problema de las universidades latinoamericanas es que los profesores no tienen contradictores, no suelen ser interpelados por otros académicos, otros investigadores que los pongan a prueba; por supuesto que de vez en cuando ocurre, pero no es parte de la vida académica como sí lo es en otros lugares del mundo, y entonces nuestras ciencias y disciplinas avanzan muy lentamente. A veces lo que vemos es que algunos profesores tienen solo seguidores.

Lo que sí encontramos en nuestra historia son profesores y profesoras perseguidos por sus investigaciones o posiciones, por sus argumentos e ideas. Y muchos han sido asesinados. Esa es una violencia que pone en

el lugar que una sociedad no puede permitir al saber: en el del campo de batalla de Marte, y lo saca de donde es, de la lid de los caballeros de Minerva.

La pandemia de COVID-19 sacude a la universidad

Hoy vivimos una coyuntura histórica de dimensión planetaria que está afectando profundamente nuestras vidas: la pandemia de COVID-19; y como todas las instituciones, la universidad fue sacudida. Si nos preguntáramos si efectivamente la universidad es una de esas instituciones valiosas y de una complejidad especial para la sociedad, la manera en la que esta afrontó la pandemia nos podría permitir forjar una respuesta veraz.

Vimos que las universidades se dispusieron muy rápidamente para el uso de la virtualidad, de suerte que no tuviera que detener su trabajo. Todos pusieron la mejor voluntad y se logró. Luego, la universidad entendió que tenía que ocuparse del cuidado para que nadie se quedara preso de sus angustias y problemas, originados en ese contexto de pandemia; entonces estrechó vínculos para fortalecer la comunidad académica y comenzó a disponer que sus profesores se cualificaran en el mundo de la virtualidad con fines docentes.

Y esa universidad vio muchas realidades nuevas; por ejemplo, que los roles adquirieron otros brillos: quienes hasta el momento eran poco dados al trabajo en grupo se hicieron asiduos de él y quienes no frecuentaban las reuniones de comunidad las empezaron a reclamar. Y muchas cosas así de extrañas han pasado, las mismas que los integrantes de la comunidad universitaria tienen que plantearse y luego discutir para aprender. Lo cierto es que en la universidad no se deja de echar de menos el calor de la presencialidad, que se espera retorne, con la consciencia de que ya nada será igual.

Cualquier respuesta o propuesta valiosa de la universidad debe estar enraizada en una tierra fértil para la institución: la autonomía, porque sin ella se convierte en un organismo frágil y sin valor. En la historia vemos grandes dificultades que tuvieron que enfrentar las universidades por falta de autonomía. Esto ocurrió, por ejemplo, cuando se la convirtió en la encargada de fundamentar un partido político. Tampoco la pasó bien cuando el Estado la captó para fundamentarse, hecho que ocurrió en el siglo XVIII en el mundo europeo, por cierto la época de mayor pobreza de la universidad como institución social, que solo se pudo superar en los grandes debates del siglo XIX, cuando se enfrentaban, dado el sistema productivo industrial en expansión, posiciones diversas frente a temas como la justicia social o los fundamentos del poder (la prosperidad de la universidad regresó con los debates).

Aquella fue la época del fortalecimiento de las ciencias sociales al calor del debate de las ideologías liberales y socialistas, que se daba en una riqueza de matices que, por cierto, permitirían que Europa y el mundo se transformaran y alcanzaran mejores niveles de vida. Infortunadamente, luego vinieron la guerra y la violencia características del siglo XX, previstas, pero no evitadas. Lo que tendríamos que hacer en la universidad es debatir sobre ideas como las que expone Eric Hobsbawm (2007) en *Guerra y paz en el siglo XXI*, según las cuales este siglo será aún más violento y sangriento que el anterior, y será la población civil la que más sufrirá.

Para seguir recurriendo a la historia como maestra, recordaré el hecho del siglo XIX en el que el rey Carlos III en España, deseoso de contar con la universidad para fundamentar el poder de su Estado, tal y como ocurría en Alemania, donde la universidad era poderosa y fortalecía desde su propia naturaleza el desarrollo de la sociedad alemana. Esa universidad alemana vio nacer grandes maestros que dieron fundamento a la ciencia y al desarrollo social; brilló con especial luz la Universidad de Berlín, la universidad de Hegel, en la que aún se conserva el modesto escritorio empleado por el filósofo que dio fundamento a muchas de las comprensiones teóricas importantes, tales como la filosofía nietzscheana, el pensamiento marxíólogo, e, incluso, llegó a inspirar al neopragmatismo de la segunda mitad del siglo XX; todo esto con un principio esencial en la vida universitaria: el saber es el tiempo.

Esa Universidad de Berlín fue elegida por la élite norteamericana para enviar a muchos estudiantes a realizar sus doctorados, esto después de la cruel guerra de Secesión. Quería así darle un fundamento a un nuevo Estado desde el saber y desde el desarrollo de las ciencias en sus universidades, para que dicho Estado se cohesionara, algo que no se había logrado dadas las tensiones constantes entre el sur y el norte. Esa élite también decidió invertir en formación cultural y trajo de la vieja Europa maestros como Dvorjak y Malher; solo así nació el actual Estado norteamericano, que llevaría su poder hasta el nivel de supremacía global.

Algo así era precisamente lo que soñaba Carlos III: una España nuevamente grande en el contexto de los Estados modernos y, entonces, comisionó a Wilhelm von Humboldt para que revisara la situación de las universidades españolas y recomendara el camino para su fortalecimiento. El científico alemán, después de realizar de manera juiciosa su trabajo, recomendó al monarca dar autonomía a sus universidades, pues sin ella era imposible que pudieran aportar algo. Aquellas estaban muy controladas por el monarca y por la Iglesia, así que no lograban crear lo necesario para ayudar a resolver los problemas del Estado español y, por tanto, no eran pertinentes.

Wilhelm, además, recomendó crear las condiciones legales y sociales necesarias para que los académicos se organizaran como lo considerasen y que dispusieran los programas de investigación y formación como solo ellos sabían hacerlo. Recomendó, asimismo, que el monarca se comprometiera con certificar lo que esos académicos le presentaran como programas o títulos.

El rey no acató estas sugerencias: no estaba dispuesto a perder control. Así renunció a lo que en este escrito hemos intentado plantear: la idea de que una universidad con autonomía, en la que se conserve el saber, se investigue, cuestione y debata, es una institución en la que se podrán lograr aportes que transformen la sociedad cuando se precise.

Dada la negativa real a dar autonomía a las universidades españolas, Von Humboldt anotó en su diario algo como esto: las universidades españolas son todas parecidas, ninguna sirve para nada. Afortunadamente se aprendió la lección y hoy la Madre Patria cuenta con grandes universidades que aportan al desarrollo de la sociedad española y del mundo.

Sin los grandes y clásicos maestros de todas las épocas, incluso de la actual, sin el saber, sin cuestionar y sin debatir, la universidad no será pertinente y no servirá para nada. Y, quizás lo más importante hoy, sin autonomía no hay universidad. En Colombia, la autonomía la asegura la Ley 30 de 1992.

Referencias

- Cahill, T. (2007). *De cómo los irlandeses salvaron la civilización*. Belacqua.
- Eco, U. (1982). *El nombre de la rosa*. Editorial Lumen.
- Hobsbawm, E. (2007). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Editorial Crítica.
- Nietzsche, F. (1981). *El nacimiento de la tragedia*. Alianza Editorial.
- Platón. (1988). *Diálogos. IV La República*. Editorial Gredos.
- Rorty, R. (2010). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Ediciones Cátedra.
- Soto, G. (1998). *Diez aproximaciones al Medioevo*. Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.